

Berlín (Iglesia de la Memoria), 19 de noviembre de 1998

### **Vivir del amor – Impulsos ecuménicos**

*Del 1 de noviembre al 13 de diciembre de 1998, Chiara Lubich realizó un viaje a Alemania, con significativas etapas en Aquisgrán, Münstertal, Augsburgo y Berlín, donde fue invitada por la comunidad evangélica. Proponemos aquí su intervención, en la que indica la ley del amor como vía maestra para la unidad de los cristianos y para el diálogo con los creyentes.*

(...)

El hecho es que, si nosotros cristianos, ahora, en el alba del tercer milenio, damos nuevamente una mirada a nuestra historia de 2000 años y en particular a la del segundo milenio, no podemos dejar de permanecer todavía desconsolados al constatar cómo ésta ha sido a menudo un sucederse de incomprendimientos, de luchas. Y éstas han roto en muchos puntos la túnica indivisible de Cristo, que es su Iglesia. ¿Culpa de quién? Ciertamente de circunstancias históricas, culturales, políticas, geográficas, sociales... Pero también por la disminución entre los cristianos de ese elemento unificador típico de ellos: el amor. Es así.

Y entonces, para poder intentar remediar hoy tanto mal, debemos tener presente el principio de nuestra fe común: Dios Amor que nos llama también a nosotros a amar. En estos tiempos, es precisamente Dios Amor quien, en cierto modo, nuevamente debe volver a revelarse también a las Iglesias que componemos. De hecho, no podemos pensar en amar a los demás si no nos sentimos profundamente amados, si no está viva en todos nosotros, los cristianos, la certeza de que Dios nos ama.

Y Él no sólo nos ama como cristianos singularmente, nos ama también como Iglesia; y ama la Iglesia por cómo se ha comportado en la historia según el designio que Dios tenía sobre ella, pero también – y aquí está la maravilla de la misericordia de Dios - la ama aunque no haya correspondido, permitiendo la división, pero sólo si trata de restablecer ahora la plena comunión con las demás Iglesias. Esta convicción tan consoladora es la que ha hecho que Juan Pablo II, confiando en Aquél que saca del mal el bien, a la pregunta: "¿Por qué el Espíritu Santo ha permitido todas estas divisiones?", aun admitiendo que haya podido ser por nuestros pecados, ha añadido: "¿No podría ser (...) que las divisiones hayan sido (...) un camino que ha conducido y conduce a que la Iglesia descubra las múltiples riquezas contenidas en el Evangelio de Cristo? Quizás, de otro modo - continúa diciendo el Papa - tales riquezas no se habrían podido poner de relieve..."

Por lo tanto, creer que Dios es Amor también para la Iglesia. Pero, si Dios nos ama, nosotros no podemos permanecer inertes frente a tan divina benevolencia; como verdaderos hijos debemos corresponder a su amor también como Iglesia. Cada Iglesia a lo largo de los siglos, en cierto modo, se ha petrificado en sí misma por las oleadas de indiferencia, de incomprendimiento, incluso de odio recíproco. Por eso hace falta en cada una un suplemento de amor; más aún, sería necesario que la cristiandad fuese invadida por un torrente de amor.

Amor hacia las otras Iglesias, por tanto, y amor recíproco entre las Iglesias, ese amor que lleva a que cada una sea un don para las otras, puesto que se puede prever que en la Iglesia del futuro la verdad será una y una sola, pero expresada de maneras distintas, observada desde distintas perspectivas, embellecida por muchas interpretaciones.

No es que una Iglesia u otra deberá "morir" (como alguien quizá pueda pensar), sino que cada una deberá renacer nueva en la unidad. Y vivir en la Iglesia futura en plena comunión será una realidad maravillosa, fascinante como un milagro, que suscitará la atención y el interés del mundo entero.

Amor recíproco que es verdaderamente evangélico, y por lo tanto válido, si se practica con la medida pedida por Jesús: “Ámense unos a otros- Él dijo- como yo les he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos.” (Cf. Jn. 15, 13). ¿Y de qué manera murió Jesús? Él, en su pasión y muerte, no sufrió solamente a causa de la agonía en el huerto, de la flagelación, de la coronación de espinas, de la crucifixión, sino también por aquel culmen de dolor que expresó en el grito: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt. 27, 46), sufrimiento que, como afirman los teólogos y místicos, fue la prueba más aguda, la tiniebla más oscura.

Ahora parece que, con el objetivo de edificar plenamente la comunión en el amor recíproco, sea necesario contemplar y reflejarnos particularmente en este dolor. Y se comprende. Si Jesús se había ofrecido para remediar el pecado del mundo, y por tanto la división de los hombres separados de Dios y como consecuencia, desunidos entre ellos, no podía cumplir esta misión sin experimentar en sí mismo una abismal separación: la separación de Él, Dios, de Dios, sintiéndose abandonado por el Padre.

Sin embargo, Jesús abandonándose nuevamente al Padre – “En tus manos entrego mi espíritu” (Lc 23, 46)-, superó aquel infinito dolor y condujo de esta manera a los hombres al seno del Padre en un abrazo recíproco. Y si así están las cosas, no es difícil identificar en Él, justamente en Él, la estrella más luminosa que tiene que dar luz al camino ecuménico; la perla que hay que descubrir para entrar en el Reino.

Parece que el camino ecuménico será verdaderamente fecundo en proporción a cuanto, aquellos que se dedican a él, sepan reconocer en Jesús crucificado y abandonado, que se abandona nuevamente en el Padre, la clave para comprender toda falta de unidad y para recomponerla la unidad. Para un exitoso ecumenismo, hacen falta corazones conmovidos por Él, crucificado y abandonado, que no huyen de Él, sino que lo comprenden, lo aman, lo eligen y saben descubrir su rostro divino en cada falta de unidad que encuentran; y que encuentran en Él la luz y la fuerza para no detenerse en el trauma, en la brecha de la división, para ir siempre más allá y encontrar remedio, todo el remedio posible.

El amor recíproco lleva así a realizar la unidad. Jesús, antes de ser crucificado, antes de sufrir el abandono del Padre, le había pedido, en una larga oración por la unidad, “para que todos sean una sola cosa” (Jn. 17, 21). Y la unidad vivida tiene un efecto, que también es, de alguna manera, un punto central para un ecumenismo vivo. Se trata de la presencia de Jesús entre varias personas, en la comunidad: “Donde dos o tres - dijo Jesús- están unidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos” (Mt. 18, 20).

¿Lo hemos pensado alguna vez? ¿Lo hemos experimentado alguna vez? Jesús entre un católico y un evangélico que se aman; Jesús entre los anglicanos y los ortodoxos, entre una armenia y una reformada... ¡Jesús! Cuánta paz desde ahora, cuánta luz para un recto camino ecuménico. Jesús en medio de nosotros es un don, que por otro lado, hace menos dolorosa la espera del tiempo en el cual todos lo compartiremos bajo las especies eucarísticas.

Y es necesario también un gran amor al Espíritu Santo, Amor hecho Persona. Jesús nos lo donó con su expirar allá arriba en la cruz, y colmó de Él a la Iglesia naciente en Pentecostés. Es el Espíritu Santo quien vincula en unidad a las Personas de la Santísima Trinidad, y es el Espíritu Santo el vínculo entre los miembros del Cuerpo místico de Cristo.

En la reconciliación entre los cristianos, además, es necesario no olvidar a María, a quien en un Concilio en común, el de Éfeso, hemos proclamado Madre de Dios, Theotókos. María, justamente porque es Madre, puede hacer mucho por la unidad.

Esto es algo de lo que quería poner en comunión con todos ustedes.

Sé también, por experiencia, que si todos nosotros vivimos así, habrá frutos excepcionales. Y – se puede intuir- habrá sobre todo un particular efecto: viviendo juntos estos diferentes aspectos de nuestro

cristianismo, constataremos que formamos, de alguna manera, ya desde ahora, un solo pueblo cristiano, que podrá ser – junto con todas las demás fuerzas suscitadas por el Espíritu Santo en este tiempo ecuménico- levadura para la plena comunión entre las Iglesias. Será prácticamente la actuación de otro diálogo, después del diálogo de la caridad -como en los tiempos de Atenágoras-, del teológico y del de la oración: será el diálogo de la vida, el diálogo del pueblo, del pueblo de Dios. Yo he visto este diálogo, he visto la realidad de este pueblo de Dios, de este pueblo de Dios en camino.

Todavía lo recuerdo en Londres, tenía frente a mí a unas 2.000 personas de todas las Iglesias, pero todas vivían así: Dios Amor, amarlo, amarnos, tener a Cristo en medio de nosotros, superar las dificultades y los traumas con el amor a Él crucificado y abandonado. Y nos sentimos un solo pueblo. Estaba cerca de mí una anglicana, y yo dije: “¿quién nos separará de la caridad?” con esta anglicana que vive mi misma vida. Nadie nos podrá quitar a Cristo en medio de nosotros.

Será por tanto la actuación de otro diálogo después de todos estos, diálogo más que nunca urgente y oportuno si es verdadero, como nos enseña la historia, ya que en el campo ecuménico hay pocas garantías si el pueblo no está involucrado. Se han realizado Concilios en los que se decidió unir a las Iglesias, pero después fracasaron porque el pueblo no estaba al corriente, el pueblo no estaba interesado. Es un diálogo que hará descubrir con mayor evidencia y hará valorar todo el patrimonio que ya tenemos entre nosotros, basta pensar en el Bautismo, en la Escritura, en los primeros Concilios, en los Padres de la Iglesia.

Esperamos ver la realización de este pueblo, pueblo que ya está apareciendo por aquí y por allá.

Pero, en esta Iglesia estupenda, ¿por qué no hacemos de tal manera que los cristianos nos unamos en esta ideas, a tal punto que podamos realizar este hecho: que quizás hemos entrado siendo de Iglesias diferentes pero salimos siendo un solo pueblo cristiano, dispuestos a morir los unos por los otros?

Éste es un fruto maravilloso. Pienso que la Santísima Trinidad mirando aquí, verá realizado entre las diferentes Iglesias su mismo modo de vivir: una Iglesia por la otra, una Iglesia como don para la otra, dos Iglesias que nunca nadie podrá dividir, porque se han hecho uno por la presencia de Cristo entre nosotros.

Tengamos a Jesús en medio de nosotros, Él es la esperanza del mundo, Él es quien nos lleva a un ecumenismo verdaderamente fructífero, Él es quien nos hará ver milagros en este ámbito. Es inútil que digan que el ecumenismo avanza lentamente. Con Jesús ¡vencemos al mundo!

Además, si nosotros los cristianos amamos así, podremos tener una luz más para descubrir en las otras religiones la presencia de las “semillas del Verbo”, es decir de una cierta luz del Verbo también en las otras religiones, una cierta luz de la Verdad también en las otras religiones. Y este descubrimiento podrá provocar cercanía y comprensión, también con sus fieles, y se podrá establecer con ellos, de alguna manera, el amor mutuo.

El amor cristiano además ayuda en el diálogo con aquellos que no creen, pero que tienen siempre en el alma muchos valores que Jesús aprecia, porque también es hombre.

Y si hacemos así, existirá también para este diálogo, la posibilidad de contribuir al diálogo entre los pueblos, al igual que a la unidad entre el hombre y la naturaleza porque “la creación espera la revelación de los hijos de Dios” (Rom 8, 19), es decir de hijos que se aman.

Esforcémonos entonces, desde ahora, para vivir como Jesús desea. Antes, el Dr. Kruse nos ha dicho que el Evangelio es sencillo: ¡es verdad!. Pero qué compromiso es el amar a todos, ser los primeros en amar. Amar a los otros como a sí mismos, ver a Jesús en todos, amar al amigo y al enemigo, amar al alemán y al italiano, amar al budista y al católico, amar a todos.

Probemos, ¡es la felicidad!. Ésta es nuestra experiencia.

Esforcémonos entonces para vivir así. Verdaderamente, nada es tan urgente en el mundo como una potente corriente de amor, si queremos esperar aquella civilización del amor, que el Tercer Milenio parece que espera de nosotros.

Gracias por la escucha. Que Jesús esté en medio de nosotros.